

LA PEDAGOGÍA DE LA FE,
SERVIDORA DE LA REVELACIÓN

JUAN CARLOS CARVAJAL BLANCO
FACULTAD DE TEOLOGÍA “SAN DÁMASO”
MADRID

Nadie duda de que la actividad catequética posee una indeclinable dimensión pedagógica. Si existe un mensaje que se ha de transmitir, existe también la acción misma de la transmisión. Ambos elementos configuran la catequesis, ambos se reclaman y en ella entran en íntima relación y se ajustan en aras de la transmisión de la fe.

El *Directorio General para la Catequesis* (DGC) ha dado la importancia debida a la dimensión pedagógica de la educación de la fe y le ha dedicado su tercera parte con el título genérico: “la pedagogía de la fe”. De este modo, la aportación del DGC respecto al *Directorio* de 1971 es grande, no sólo por el espacio consagrado, sino por el mismo enfoque del tema y las aportaciones que hace. Sin duda, con ello contribuye a profundizar la concepción de la acción catequética y a renovar su ejercicio¹.

En la exposición introductoria, en la enumeración que el DGC hace de los problemas que acechaban entonces a la catequesis, señala:

En lo que concierne a la pedagogía, después de una acentuación excesiva del valor del método y de las técnicas por parte de algunos, no se entiende aún debidamente a las exigencias y origi-

¹ Para un estudio comparado de ambos Directorios ver: J. L. MARTÍN BARRIOS, “La pedagogía de Dios, fuente y modelo de la pedagogía de la fe”, en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS, *Comentario al Directorio General para la Catequesis* (Madrid 2005) 159-174.

nalidad de la pedagogía propia de la fe (cf. CT 58). Se cae con facilidad en el dualismo “contenido-método, con reduccionismos en uno u otro sentido. Respecto a la dimensión pedagógica, no se ha ejercido siempre el necesario discernimiento teológico (DGC 30).

Diez años después, y a pesar de que el DGC ha orientado la respuesta de esta problemática, hemos de reconocer que este análisis sigue siendo actual. “La pedagogía original de la fe”, según expresión feliz de Juan Pablo II (cf. CT 58), sigue siendo una asignatura pendiente en muchos ámbitos de la reflexión catequética, pues de la acción reveladora de Dios no termina de extraerse los elementos de una pedagogía divina que vengan a inspirar y alentar la pedagogía de la fe. Por su parte, en el ejercicio de la catequesis, se sigue contraponiendo contenido y método. A veces, para hacer honor al carácter objetivo del mensaje cristiano, la catequesis se reduce a una mera exposición doctrinal que prescinde de su carácter iniciático y formativo; y otras, con la pretensión de hacer más accesible el anuncio de la fe a los destinatarios, se acoge miméticamente y sin mayor discernimiento métodos y prácticas pedagógicas del ámbito escolar sin a penas tener en cuenta la originalidad de la fe². Al final, estos falsos dualismos y nefastas reducciones son un impedimento para una eficaz transmisión de la fe y una vida iniciación cristiana.

De la mano del DGC, nuestro trabajo quiere profundizar en el fundamento teológico de la pedagogía de la fe. La pedagogía que Dios ha desplegado en la historia de salvación es la fuente y modelo de la pedagogía catequética; por tanto, es preciso que todo acto de transmisión de la fe se inspire y encuentre en ella su razón de ser. Esta pedagogía divina constituye la trama y tiene su origen en la acción reveladora de Dios; por tanto según la noción que se tenga de revelación así se concebirá la pedagogía que le va implícita. Nuestro estudio empezará por presentar la evolución que, en el último siglo, la noción de revelación ha tenido en la conciencia de la Iglesia, para después considerar las diversas pedagogías divinas inherentes a ella. Por otro lado,

² Sobre este punto cf. D. VILLEPELET, “Le défi éducatif de la catéchèse”, en: *L’avenir de la catéchèse* (Paris 2003) 53-70.

y este será el tema del segundo apartado, subordinada a la noción de revelación se deriva la naturaleza y la identidad de la catequesis que es su servidora; en un primer punto fundamentaremos la necesidad que tiene la catequesis de conducirse por la pedagogía de la fe; señalaremos la identidad de ésta y sus límites. Después, en un segundo punto, indicaremos de qué modo esa pedagogía se ha de desplegar en la catequesis como servicio a la revelación de Dios.

I. LA ACCIÓN REVELADORA Y LA PEDAGOGÍA DIVINA

Para fundamentar teológicamente la catequesis, el DGC parte del concepto de Revelación expuesto en la Constitución conciliar *Dei Verbum*; sin embargo, esta noción es del todo novedosa, es el resultado de una evolución conceptual fruto de la renovada toma de conciencia por parte de la Iglesia de la acción reveladora de Dios en la historia de salvación. De este modo, si la pedagogía divina deriva del acto revelador, atender al desarrollo que ha sufrido en la conciencia eclesial esta noción es también considerar las diversas concepciones de la pedagogía divina que están implícitas en dicha evolución y que determinan la pedagogía de la fe. Este trabajo aclaratorio resulta especialmente útil a la hora de discernir las diversas concepciones pedagógicas de fondo que pujan en la catequesis actual.

1. *De la revelación como depósito de verdades a la revelación como automanifestación de Dios en Jesucristo*

En el preámbulo de la Constitución dogmática *Dei Verbum* el concilio señala que quiere seguir “las huellas de los concilios Tridentino y Vaticano I” (DV 1), no obstante, aun en fidelidad a los concilios anteriores, el Vaticano II no se contenta con reproducir la visión que ellos tienen sobre la revelación, sino que ofrece una noción más evolucionada a fuerza de entroncarla con la gran tradición eclesial de los Santos Padres. La reseña de esta evolución en los textos conciliares es un modo de acce-

der a los diversos concepto de revelación que han estado operativos en la conciencia eclesial³.

Un decreto del concilio de Trento sobre los libros sagrados y las tradiciones no escritas, y el uso que hacen de él los concilios posteriores nos servirá de testigo de esta evolución.

Evangelio que, prometido antes por obra de los profetas en las Escrituras Santas, promulgó primero por su propia boca nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios, y mandó luego que fuera predicado por ministerio de sus Apóstoles a toda criatura como fuente de toda verdad saludable y de toda disciplina de costumbres; [...] esta verdad y disciplina se contienen en los libros escritos y en las tradiciones no escritas⁴.

Aquí Trento, conforme con el uso medieval, no emplea el término “revelación”. El objeto de la fe cristiana es el “Evangelio”, el cual es considerado la “fuente de toda verdad saludable y de toda disciplina de costumbres”. La teología medieval distinguía entre el conjunto de verdades contenidas en la Escritura y propuesta por la Iglesia en los Símbolos de la fe (*doctrina sacra, veritas fidei, veritas salutaris*) y la revelación, como iluminación divina, que designa el origen divino de dicha doctrina y la fuente de donde procede la verdad de la fe⁵.

El Vaticano I recoge el texto tridentino en la constitución *Dei Filius*, en el capítulo dedicado a la revelación, pero sustituye el término “Evangelio” y “verdad saludable” por “revelación sobrenatural”: “esta revelación sobrenatural se contiene en los libros escritos y en las tradiciones no escritas...” (DH 3006). Este cambio de lenguaje implica un cambio en la misma comprensión que tiene la Iglesia de la revelación.

Ante los padres conciliares estaba el desafío racionalista que suponía entonces el deísmo. Con el término “revelación” tratan

³ Para este punto cf. J.C. CARVAJAL BLANCO, *Lógica de la existencia y lógica de la fe* (Salamanca 2003) 119-124; también S. PIÉ-NINOT, *La teología fundamental* (Salamanca 2002) 245-252. Ambos trabajos siguen ampliamente los estudios de H. BOUILLARD, “Le concept de Révélation de Vatican I à Vatican II, en: C. GEFFRE (et al.), *Révélation de Dieu et langage des hommes* (Paris 1972) 35-50; “Révélation et histoire” en: *Vérité du christianisme* (Paris 1990) 181-198.

⁴ DH 1501 (la cursiva es nuestra).

⁵ Para ver el testimonio de S. Buenaventura y S. Tomás al respecto cf. R. LATOURELLE, *Teología de la revelación* (Salamanca 1979) 169-203.

de salir a su paso. En efecto, siguiendo el tratado de apologética de entonces, frente a una religión natural descubierta por el mero ejercicio de la razón, la Iglesia defiende la posibilidad, la necesidad y el mismo hecho de la revelación sobrenatural. Dios puede, el hombre necesita y, de hecho, Dios, en su infinita bondad, ha revelado al hombre aquellas cosas divinas que le son necesarias para alcanzar su fin sobrenatural (DH 3005). Aquí “revelación” designa no ya el origen sino el contenido y la doctrina de la fe; y con ello se da un desplazamiento fundamental poniendo en relación directa “aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita y tradicionales y son propuestas por la Iglesia” y la fe (cf. DH 3011, 3015).

Pero además, con la expresión “revelación sobrenatural” se promueve aun más el carácter extrínseco de la revelación. Así es, lo sobre-natural aparece como lo sobre-añadido. En la concepción teológica de la época, la doctrina tomasiana del deseo natural de ver a Dios, que pone en relación la vocación del hombre con la acción reveladora de Dios, prácticamente estaba abandonada. Lo natural y lo sobrenatural es concebido como dos pisos superpuestos sin apenas trabazón interna. El orden sobrenatural aparece como un sobreañadido a una esfera, la natural, en la que el hombre encuentra en si mismo los fines y los medios para desenvolverse.

Aunque nunca el término “revelación” es definido, al final el sentido que el Vaticano I da a esta noción es transparente. Por un lado, aparece como una verdad misteriosa que sólo es garantizada por la autoridad divina de las Escrituras y de la Iglesia, lo cual favorece una concepción autoritaria y literalista de la revelación. Por otro, la relación de la revelación a la historia de la salvación prácticamente desaparece, hasta el punto de que la referencia a Jesucristo sólo asoma en la medida en que se cita las Escrituras y Trento.

Llegados al Vaticano II, la Constitución dogmática *Dei Verbum* vuelve a citar el texto tridentino, pero ahora lo hace restableciendo la relación entre Evangelio y verdad salvífica, subordinando todo a la mención de Cristo plenitud de la revelación divina y suprimiendo el calificativo “sobrenatural” que el ante-

rior concilio había introducido⁶. La revelación divina ya no aparece como un cuerpo de verdades comunicadas por Dios, contenidas en las Escrituras y enseñadas por la Iglesia; sino que se presenta como la automanifestación de Dios en la historia de la salvación, de la cual Cristo constituye la cima. Esto es lo que transmite el Evangelio consignado en la Escrituras y confiado a la tradición y al magisterio de la Iglesia.

Esta nueva visión del Concilio es desarrollada ampliamente en otros números de la *Dei Verbum*⁷. La revelación aparece como el acto por el que el Dios Trino se revela a sí mismo en la historia de la salvación para hacer participe al hombre de su propia vida: Dios Padre se manifiesta por su Verbo encarnado con el fin de llevar de nuevo, en su Espíritu, a los hombres hacia sí (cf. DV 2). Esta revelación no consiste en un cuerpo de verdades abstractas, es autocomunicación de Dios que se realiza por un acto doble; por acontecimientos salvadores y palabras que los interpretan: acontecimiento y palabra, hecho y sentido son por tanto indisociables (*ibíd*). Y Cristo es, a un tiempo, mediador y plenitud de toda revelación.

Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios (Jn 3,34) y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó (cf. Jn 5,36; 17, 4). Por eso quien ve a Jesucristo, ve al Padre (cf. Jn 14, 9); Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna (DV 4).

⁶ Dios quiso que *lo que había revelado* para la salvación de todos los pueblos se conservara por siempre íntegro y fuera transmitido a todas las edades. Por eso *Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación* (cf. Co 1,20; 3, 16-4,6), mandó a los Apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que Él mismo cumplió y promulgó por su boca” (DV 7) (la cursiva es nuestra).

⁷ Ver el magnífico comentario, del Preámbulo y del primer capítulo, de quien fue consultor de la comisión preparatoria de la *Dei Verbum*, H. DE LUBAC, *La révélation divine* (Paris 1983).

Por último, el Concilio pone en relación la revelación de Dios en la historia con su manifestación en el universo: creando y conservando el universo por su Palabra (cf. Jn 1,3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo (cf. Rm 1,19-20) (cf. DV 3). De este modo, con el vínculo interno que se establece entre el acto creador, realizado por la Palabra divina, y el acontecimiento salvación realizado por Jesucristo, la Palabra hecha carne, supera la idea de dos ordenes superpuestos sin apenas comunicación.

Al final, la noción que deriva de los textos conciliares es clara: la revelación es la automanifestación de Dios en una historia llena de sentido, cuya cima es Cristo, mediador tanto de la creación como de la salvación. Esta noción no olvida el aspecto doctrinal, sino que lo pone en relación con la historia de la salvación y lo subordina a la presencia y manifestación de Dios mismo en Jesucristo. Por su encarnación y al dar testimonio de sí mismo, Cristo se presenta como el revelador y el revelado. A pesar de la concentración cristológica el concilio no cae en el cristomonismo, la Trinidad es la que se desvela en la economía cristiana: Cristo remite al Padre y no es reconocido más que en el Espíritu Santo. El papel central que Jesucristo tiene en la revelación modera cualquier deriva autoritaria. En la Palabra hecha carne, en la Palabra definitiva de Dios para toda la humanidad, resplandece el Amor divino que responde al deseo del hombre de alcanzar su plenitud; su figura se impone por ella misma, por la luz que irradia su misterio sobre el misterio del hombre (cf. GS 22). La autoridad de la Escritura, que le contiene, y de la Iglesia, que sirve a su verdad, derivan y están en función de ella.

A pesar de los muchos frutos que esta renovada y tradicional noción de revelación ha dado en el periodo postconciliar, hemos de reconocer que está siendo malinterpretada en ciertos círculos teológicos y en diversos ámbitos pastorales. Superados en gran parte los planteamientos extrínsecistas que gravitaban sobre la noción de revelación, ahora la amenaza que se observa es la del inmanentismo. El puente que *Dei Verbum* establecía por medio de la Palabra de Dios entre la acción creadora y la economía salvífica, es recibido en algunas concepciones como mera identificación. Así se nivela la revelación cristiana, aunque se la considere en un grado sumo, con la religiosidad de los

pueblos. La incorporación al acontecimiento cristiano se presenta como una simple expansión del dinamismo humano. En definitiva, la revelación aparece “como una mera percepción subjetiva por la cual ‘se cae en la cuenta’ del Dios que nos habita y trata de manifestársenos”⁸, y se oscurece su radical novedad, su gratuidad y su carácter imprevisible e inaccesible para el hombre.

Esta concepción reduccionista de la revelación termina por ignorar el carácter definitivo de la intervención histórica de Dios en su Hijo Jesucristo, con lo que el misterio trinitario queda en la penumbra. La encarnación y la salvación realizada por Cristo en la Cruz son negadas en su condición de mediación salvífica universal. La Escritura no se le considera más que un documento religioso entre los otros pertenecientes a las diversas tradiciones religiosas, al tiempo que se despojan de su autoridad a la tradición de la Iglesia y a su servicio magisterial. La respuesta de fe deja de ser, bajo el auxilio del Espíritu, un acto de conversión hacia la novedad divina que adviene en Jesucristo y queda reducida a un vago impulso trascendente del propio hombre que no es determinado por su meta. Al final, bajo esta concepción inmanentista de revelación parece que el hombre se convierte en la medida de Dios y no deja medirse por el Hijo de Dios humanado.

2. Las concepciones pedagógicas subyacentes a las diversas nociones de revelación

Hasta aquí el sucinto análisis de las diversas nociones de revelación que ha tenido la conciencia eclesial en el último siglo. En cada concepción subyace una visión particular de la pedagogía divina. Pasamos ahora a reseñar, aunque sólo sea con trazos gruesos, estas diversas concepciones de la pedagogía divina, pues si bien estamos haciendo un estudio diacrónico y podría dar la impresión que las nociones pasadas se han que-

⁸ Para este punto baste las observaciones que la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA hace en su instrucción pastoral *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano I*, 6-21 (la cita en el n° 9). Ver el comentario de J. RICO PAVÉS, “Lectura catequética de la Instrucción Pastoral *Teología y secularización en España*”: *TyC* 103 (2007) 11-41.

dado en el olvido, es preciso reconocer que en el momento presente todas estas nociones de revelación y las concepciones pedagógicas que derivan, de algún modo, siguen activas, pujan entre ellas y, a veces, se solapan.

Como hemos visto, la pedagogía divina subyacente en la noción de la revelación del Vaticano I pone el acento en el contenido, en la transmisión de la doctrina y de las normas de conducta. Si Dios ha revelado unas verdades para nuestra salvación es preciso recibirlas y adherirse a ellas. Cristo es el enviado de Dios (*legato divino*), mediador de esta enseñanza. El Maestro que enseña un saber arcano. Aquí todo gravita en la correlación entre la autoridad y la obediencia. Autoridad divina en la enseñanza de Cristo y obediencia del hombre, autoridad derivada de la Iglesia y obediencia del creyente. El grado de renuncia que el individuo tiene que hacer de sí mismo es alto, el sacrificio de la razón, al menos en los aspectos que atañen al “ámbito de la fe”, es grande. Al final, el objetivo, es que el creyente sepa lo que Dios ha revelado, actúe según lo que ha mandado y obedezca a la Iglesia que se le presenta como garante de la verdad. La pedagogía de la fe será una pedagogía centrada en la transmisión de contenidos, su acción gravitará sobre la memoria y sobre una práctica que convertirá en hábito lo que está mandado.

En el otro extremo está la pedagogía divina que deriva de una noción inmanentista de la revelación. Bajo el presupuesto de que Dios por el acto creador ya ha entregado al hombre lo que éste tiene que encontrar para su plena realización, la pedagogía que derivará será de corte introspectivo⁹. Aquí lo determinante son tanto ese proceso de interioridad por el que el sujeto entra en sí mismo y encuentra lo que está buscando, como ese proceso de adecuación por el que trata de acomodar las ideas y sentimientos, valores y comportamientos que propone el Evangelio con las ideas y sentimientos, valores y comportamientos que concibe en sí mismo. En esta concepción la palabra mágica es “autenticidad”. El criterio último de verdad vendrá regulado

⁹ Para la articulación en la distinción del acto creador y la obra redentora y la pedagogía divina que deriva ver nuestro artículo “La pedagogía de Dios en la obra de la creación y de la redención: apuntes para la pedagogía de la fe”: *TyC* 95 (2005) 107-135.

por ese impulso interior y por esa luz que el creyente encuentra en sí y a los cuales debe responder puesto que están investidos del imperativo de que Dios los ha depositado en él.

El papel de Cristo será el de ser un modelo eminente a reproducir. Su trato confiado con Dios, su coherencia moral y su generosidad en la construcción del Reino se presentarán como acicate y referencia para un proceso que al final el sujeto debe realizar por sí mismo. La doctrina de la encarnación se utilizará para justificar la identificación que se hace, desde un inicio, del sujeto con Cristo. Él, como Jesús, es desde siempre hijo de Dios, solo debe descubrirlo y aprender a vivir como tal. La Iglesia será reconocida en la medida en que acompañe ese proceso personal y apruebe las evoluciones y descubrimientos de los creyentes. La comunidad cristiana será el ámbito donde confluyan las búsquedas personales, se encuentre apoyos en las dificultades y se confirmen las convicciones alcanzadas. La pedagogía de la fe gravitará en la animación y en el acompañamiento. Este acompañamiento tratará de motivar la búsqueda personal, facilitará el proceso de introspección, pero sin condicionarlo, y será muy celoso de la autonomía del sujeto.

3. *La pedagogía divina derivada de la concepción de revelación de la Dei Verbum*

Claramente, la pedagogía divina que expone el *Directorio* deriva de la noción de revelación que la Constitución *Dei Verbum* ha promovido en la actual conciencia eclesial. Al poner el acento en la acción reveladora por la que Dios se comunica a los hombres en su Hijo Jesucristo y les da a participar de su amor por la acción de su Espíritu (cf. DV 2), el Concilio está transmitiendo una noción de revelación en la que se subraya el carácter personal y pone en primer plano su dimensión relacional.

En esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33, 11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía. El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez las palabras proclaman las obras y explican su misterio (DV 2)

Aquí la pedagogía divina es ese dinamismo por el que Dios se acerca a los hombres para hablar y tratar con ellos como amigos, para atraerlos y recibirlos en su compañía. Sin ninguna duda, Dios desvela su misterio en esta conversación amistosa que trae con el hombre, y le manifiesta todo aquello que le es necesario conocer para comprender su proyecto salvador y hacerse partícipe de él; de aquí derivan los contenidos del mensaje cristiano: las verdades, ritos y normas de conducta. Pero si importante son los contenidos que derivan de esta diálogo amoroso, también es importante el cómo Dios condesciende con el hombre, se aproxima, le trata como amigo y le trae hacia sí. Estas son “las obras que Dios realiza en la historia de la salvación” a favor del hombre. De ahí que el concilio reconoce una auténtica *perikhóresis* (*circumincessio*) entre las obras y palabras al declarar que están “intrínsecamente ligadas”.

Parafraseando el texto conciliar se podría decir que, en la acción reveladora, la pedagogía divina y la doctrina están intrínsecamente ligadas. La pedagogía divina es la acción condescendiente de Dios por la que se da a sí mismo a conocer y mueve al hombre a darle respuesta, la doctrina saca a la luz esa acción misteriosa al tiempo que encuentra en ella su verdadero significado. Es imposible el encuentro con Dios y el reconocimiento de su salvación si al tiempo que se recibe su palabra y se aceptan las verdades que anuncia no se percibe su acción amorosa y no se acoge la obra salvadora que realiza en el propio hombre. Aquí radica el peso que tiene la pedagogía divina en la acción reveladora y de aquí también deriva el peso que la pedagogía de la fe debe tener en la catequesis. Aunque no lo explícita, el DGC tiene esto en cuenta y, con toda novedad, después de haber dedicado la segunda parte al mensaje evangélico, consagra la tercera a la pedagogía de la fe; de este modo establece un paralelismo entre estas dos dimensiones fundamentales y manifiesta la necesidad de su complemento para una buena transmisión de la fe¹⁰.

¹⁰ En el *Prefacio* el DGC advierte que “no todas las partes del Directorio tienen la misma importancia” y distingue “lo que se dice de la divina revelación, de la naturaleza de la catequesis y de los criterios con los que hay que presentar el mensaje cristiano”, que “tiene valor para todos”, de “las partes que se refieren a la situación presente, a la metodología y a la manera de adaptar la catequesis a las diferentes situaciones de edad

Pero ¿cuál es esta pedagogía divina que subyace a la acción reveladora?, ¿qué elementos son inspiradores de la pedagogía de la fe? El *Directorio* nos introduce en la misma escuela de Dios y nos señala las lecciones pedagógicas que extrae de la divina revelación: de la historia salvífica recogida en la Escritura, del magisterio que Cristo desarrolla con sus discípulos y su continuidad en el patrimonio pedagógico que la Iglesia ha desplegado a lo largo de su historia. El DGC no deja de indicar cómo esta misma pedagogía divina se actualiza en cada cristiano por la acción del Espíritu Santo. Pasemos hacer una breve reseña.

Antes que nada es preciso señalar que la pedagogía divina es una pedagogía “para el encuentro y para la relación personal”¹¹. Es Dios mismo el que sale a la búsqueda del hombre y es Él mismo el que atrae al hombre y le capacita para dar su respuesta personal. Ésta es la clave de fondo, que a nuestro entender, hilvana los elementos que enumera el DGC tanto en el apartado referido a la pedagogía de Dios como en el dedicado a la pedagogía de Cristo.

La Sagrada Escritura nos presenta a Dios como un padre misericordioso, un maestro, un sabio (cf. Dt 8,5; Os 11,3-4; Pr 3,11-12) que toma a su cargo a la persona –individuo y comunidad– en las condiciones en que se encuentra, la libera de los vínculos del mal, la atrae hacia sí con lazos de amor, la hace crecer progresiva y pacientemente hacia la madurez de hijo libre, fiel y obediente a su palabra (DGC 139)

o de contexto cultural”, que “deben más bien recibirse como sugerencias e indicaciones” (nº 12). Como vemos el texto hace mención explícita a la metodología, no habla de la pedagogía de la fe. Al inicio de la tercera parte, cuando el DGC señala cuál es su significado y finalidad (nº 138), distingue claramente la pedagogía de la fe que tiene su fuente y modelo en la pedagogía de Dios (cap. 1) y los elementos de metodología (cap. 2). En nuestra opinión, este primer capítulo, donde se reseña la pedagogía divina que subyace a la acción reveladora y de la cual se extraen los elementos fundamentales de la pedagogía de la fe, tiene el mismo valor que el consagrado a los criterios para la presentación del mensaje cristiano. No así el capítulo 2, dedicado a la metodología, que como se advierte está a expensas de futuras concreciones por parte de las Iglesias particulares.

¹¹ Cf. L. SORAVITO, “La Pedagogía de Dios, fuente y modelo de la pedagogía catequética”, en: A. CAÑIZARES-M. DEL CAMPO (eds.), *Evangelización, catequesis, catequistas* (Madrid 1999) 406.

Esta pedagogía de Dios pasa por su intervención en las vicisitudes y circunstancias entre las que vive el hombre. Dios condesciende, adaptando su proximidad a la condición terrena del hombre (cf. DGC 146) y actúa en ellas y las transforma en acontecimientos que, por las pruebas y sufrimientos que les van implícitos, corrige, alecciona y forma a su pueblo. Ciertamente, no falta la instrucción y la catequesis por medio de los cuales Dios entrega el mensaje que desvela su presencia y el sentido de esos acontecimientos (cf. DGC 139).

Pero la pedagogía divina alcanza su perfección y eficacia última en la encarnación del Hijo de Dios. Por la novedad de la persona de Cristo, todos sus gestos y acciones, todas sus palabras y silencios, todas sus opciones y padecimientos, en definitiva, Él mismo, su vida, su muerte y su gloriosa resurrección (cf. DV 4; CT 9; DGC 140) componen los elementos de una pedagogía personal y personalizadora, más comprensible cuanto se realiza en plenitud de humanidad. Esta pedagogía que Cristo desplegó con los que le siguieron por las tierras de Palestina, y recogen los evangelios, ahora la desarrolla con todos los que se acercan a él en la fe. Al final, lo determinante para acceder a la acción de Dios es entrar en relación con su Hijo Jesús. El Padre lo ha convertido, bajo la acción de su Espíritu, en su pedagogo y en su pedagogía; quien se acerca a Él, lo recibe como maestro, camino y destino. En efecto, Él es el verdadero Maestro del hombre, de ahí la invitación que el propio Jesús hace a sus discípulos de “seguirle totalmente y sin condiciones” y que “les enseñe la pedagogía de la fe en la medida en que comparten plenamente su misión y su destino” (DGC 140).

Si Dios sigue actuando por medio de su Hijo Jesús, entonces es determinante encontrarse con él y tomar parte en su escuela. La Pedagogía de Dios se cumple en la Iglesia por la actualización que el Espíritu hace de la presencia de Cristo. Así nos lo recuerda el *Directorio* “Desde sus comienzos la Iglesia, que es ‘en Cristo como un sacramento’ (LG 1), vive su misión en continuidad visible y actual con la pedagogía del Padre y del Hijo” (DGC 141). La Iglesia es fruto de la acción de Dios. La Palabra proclamada, los sacramentos celebrados, la vida de caridad y el testimonio de los santos, su misma existencia y el ejercicio de su misión evangelizadora manifiestan hasta que punto la pedagogía de Dios es eficaz y realiza una humanidad nueva. Por

ella, bajo la acción del Espíritu, la Iglesia recibe la presencia de Cristo. Ella vive de esa presencia al tiempo que es su mediadora. Ella es el recinto y el instrumento por el que Espíritu actualiza la acción divina en todos aquellos que se la acercan. La pedagogía de la fe que la Iglesia ha desplegado a lo largo de la historia es signo e instrumento de la pedagogía divina; por medio de ella la Iglesia entrega a Cristo, al tiempo que configura a sus hijos con él. La Iglesia “siendo nuestra Madre es también la educadora de nuestra fe” (DGC 79, 141; CCE 169), y educando en la fe sirve a la paternidad divina que recrea a los creyentes como hijos en su Hijo Jesús.

II. LA CATEQUESIS SERVIDORA DE LA REVELACIÓN DIVINA

La Iglesia educa por medio de la catequesis a los que han decidido seguir a Jesucristo. Ella es la instancia de transmisión de la fe por antonomasia; por ella se inician cristianamente los nuevos miembros de la Iglesia. Su misión se resume en servir la comunicación que Dios hace de sí en su revelación (cf. DGC 143):

La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa, de generación en generación (CT. 22; DGC 66).

El aspecto pedagógico es inherente a la acción catequética; no sólo porque la iniciación cristiana debe tener en cuenta a los destinatario y sus circunstancias¹², sino también por la idiosincrasia de la Palabra de Dios: Palabra comunicada en palabras humanas que reclama un proceso pedagógico que ayude a interpretarla, comunicarla orgánica y sistemáticamente y recibirla como palabra de vida (cf. DGC 94). La gran tentación en la

¹² “La necesaria atención a las distintas y variadas situaciones de las personas impulsa a la catequesis a recorrer múltiples caminos para salir a su encuentro y adaptar el mensaje cristiano y la pedagogía de la fe a sus diversas necesidades” (DGC 5).

que puede caer la catequesis es pensar que ese proceso pedagógico es sólo obra humana. Por eso el *Directorio* recuerda como es preciso que la catequesis se desarrolle por el ejercicio de la “pedagogía original de la fe”, y que “el catequista una estrechamente su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios” (DGC 138). En este apartado vamos, en primer lugar, a fundamentar la necesidad que tiene la catequesis de fundarse en esa pedagogía de la fe, para señalar después la identidad y los límites de ésta. Un segundo punto lo consagraremos a indicar de qué modo esa pedagogía se ha de desplegar en la catequesis como servicio a la revelación del Dios Trino y de la respuesta del hombre.

1. *La catequesis, pedagogía en acto de fe*

La catequesis es “comunicación de la Revelación divina” (DGC 143) en busca de “la salvación de la persona” (nº 139), su fin definitivo es poner al creyente “en comunión, en intimidad con Jesucristo” (nº 80) y en disposición de confiar su vida al Dios uno y Trino (cf. nº 82); con su acción pedagógica debe llevar al discípulo “al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo (Ef 4,15)” (nº 142).

Estas fórmulas extraídas del *Directorio* ponen de manifiesto como el servicio que debe prestar la catequesis atañe a una realidad que penetra en el Misterio de Dios y afecta a la salvación del hombre. En definitiva, en su oficio de transmitir la fe, la catequesis se pone al servicio de una acción divina que trasciende cualquier intervención humana al tiempo que la reclama. La acción catequética, por tanto, no puede desplegarse sobre el sostén de unas pedagogías derivadas de las ciencias humanas. Estas intervenciones pedagógicas, eficaces a la hora de educar y transmitir saberes en otras materias, resultan por sí mismas ineficaces en lo que atañe a la comunicación de la revelación divina y a promover la fe de los creyentes. Tratar de la cuestión pedagógica de la catequesis supone, en primer lugar, centrar la atención en cómo la catequesis debe desplegar la pedagogía original de la fe y la pone al servicio de la pedagogía que Dios lleva con los creyentes, individual y comunitariamente.

En realidad, favorecer el encuentro de una persona con Dios, que es tarea del catequista, significa poner en el centro y hacer

propia la relación que Dios tiene con la persona y dejarse guiar por Él (DGC 139).

Por la pedagogía de la fe, la catequesis pone en el centro la acción que Dios lleva a cabo con el hombre, hasta el punto de hacerla propia y prestarle el servicio que la haga significativa humanamente y dé sentido al anuncio evangélico que le ha de acompañar. El Directorio insiste en este aspecto fundamental e irrenunciable para la catequesis:

El diálogo que Dios mantiene amorosamente con cada persona se convierte en inspiración y norma; de ese diálogo la catequesis es “eco” incansable, buscando constantemente el diálogo con las personas, según las indicaciones fundamentales que ofrece el Magisterio de la Iglesia (DGC 144).

En la expresión “pedagogía original de la fe”, lo determinante es el genitivo. Es una “pedagogía en acto de fe” (DGC 144), una pedagogía que sólo se puede desarrollar en la medida en que por la fe se reconoce la actualidad del proyecto salvador de Dios, se discierne la acción de su Espíritu en las personas y grupos a evangelizar y obedientemente se pone a su servicio. La fe viva es la que permite que toda la acción de la comunidad cristiana, aun más, su misma vida, quede troquelada como mediación humilde de la pedagogía que Dios, por su Espíritu, lleva con el hombre¹³. Ella sabe que, en la economía salvífica que Dios ha proyectado, su servicio es imprescindible, pero también sabe que los frutos de conversión que pueda alcanzar en sus destinatarios son, en realidad, obra de Dios. La fe al tiempo que evita toda confusión entre la acción salvadora de Dios, que es pura gracia, y la acción pedagógica de los creyentes, insta a los creyentes a ponerse al servicio de la obra de Dios (*ibíd*).

¹³ *Evangelii Nuntiandi* ha subrayado con vigor este protagonismo del Espíritu: “Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovisto de todo valor” (nº 75). De aquí, la necesidad de la fe para desarrollar una pedagogía que secunde la acción del Espíritu.

Por otro lado, la fe misma es la que confiere el carácter integral a la pedagogía que debe desplegar la catequesis. Por ella, la catequesis sabe que la respuesta que la acción reveladora de Dios espera del hombre es un acto libre de entrega total, un homenaje del entendimiento y voluntad por el que el creyente asiente lo que Dios le ha entregado (cf. DV 5). Así, la pedagogía que debe desarrollar debe recorrer todas las dimensiones de la fe, para que tocado la inteligencia, la voluntad, el corazón y la memoria de la persona, ésta pueda conocerla, vivirla, hacerla plegaria y celebrarla, de modo que su adhesión a Dios (*fides qua*) encuentre en estos contenidos, en los que se vive el mensaje cristiano (*fides quae*), el alimento y la expresión humana de su entrega al Dios que ha salido a su encuentro (cf. DGC 144).

En lo dicho subyace una “ley fundamental” para la pedagogía de la fe que deriva de la encarnación del Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre: “la fidelidad a Dios y al hombre en una misma actitud de amor” (DGC 145). Es preciso comprender bien esta fórmula integradora. No son dos fidelidades yuxtapuestas en un equilibrio forzado y siempre amenazado por la contraposición. La fidelidad que se refiere al hombre depende y está integrada en el dinamismo de fidelidad a Dios. El texto latino de la *Catechesi Tradendae* lo pone de manifiesto:

Conviene que el método escogido se refiera en fin de cuentas a una ley fundamental para toda la vida de la Iglesia: la fidelidad a Dios, ‘que debe ser observada’ (*fidelitatis Deo servandae*), y la fidelidad al hombre, ‘que debe ser garantizada’ (*fidelitatis homini praestandae*), en una misma actitud de amor (CT 55).

Como vemos, ambas fidelidades son necesarias, ambas regulan la pedagogía que debe desplegar la catequesis; sin embargo la distinción terminológica indica, de algún modo, una subordinación y una dependencia. “La fidelidad al hombre, para que tenga toda su razón de ser, no es ni autónoma, ni estrictamente comparable con la fidelidad a Dios, puesto que depende de ésta”¹⁴. Así es, la pedagogía de la fe, para ser tal y servir a la reve-

¹⁴ T. LABARRIÈRE, *La catéchèse sous l’action de l’Esprit Saint, à l’école de Marie* (Madrid 2007) 212-213 (cita 213). Este mismo estudio rastrea la fórmula en J. Colomb, y ofrece el valor y los límites que tiene en este autor, *Ibid.*, 104-109. También F. X. MO-

lación, debe tomar la pedagogía de Dios como norma y ponerse a su servicio; pero en este mismo movimiento de fidelidad a la acción de Dios queda garantizada la fidelidad al hombre, porque Dios mismo es el primero en respetar las leyes que por la creación regulan la naturaleza de su criatura y es celoso de la libertad que le ha dado como don.

Esta ley fundamental, nos lleva a establecer una correlación entre elementos que a veces aparecen separados, cuando no contrapuestos; nos referimos, por un lado, a la pedagogía de la fe y a los métodos pedagógicos, y por otro, a la relación entre contenidos y métodos. Pasemos a analizarlo.

La intervención divina a lo largo de la historia de la salvación no es en sí misma reveladora de un sistema pedagógico transferible de manera inmediata a objetivos, procedimientos y técnicas humanas. Éste es su límite, la pedagogía de Dios queda siempre circunscrita en el ámbito del Misterio de Dios y su significado salvífico para el hombre¹⁵. Es la pedagogía de la fe, que de ella deriva, la que debe hacer un trabajo de discernimiento sobre los métodos y técnicas que le ofrecen las ciencias humanas y la que debe ajustarlos para que sean aptos para la educación en la fe. En este sentido es determinante que se tengan en cuenta la situación personal de los destinatarios: edad, desarrollo intelectual, madurez de fe..., y los contextos y circunstancias en los que se mueven (cf. DGC 148), y hallar los mejores métodos adaptados para la transmisión de la fe. De este modo, mientras que la pedagogía de la fe tiene un carácter configurador de la catequesis, las pedagogías humanas que aplique siempre tendrán una condición instrumental. No obstante, la combinación de ambas ayudará a la catequesis a evitar tanto el caer en un espiritualismo desencarnado, que pone en Dios toda intervención educativa e ignora las formas humanas, como en un antropocentrismo reduccionista, que confía a las técnicas y procedimientos humanos lo que sólo procura la gracia de Dios.

RELL I ROM, "Pedagogía de Dios. Pedagogía catequética", en: V. M^a PEDROSA (*et al.*), *Nuevo Diccionario de Catequética* (Madrid 1999) 1793.

¹⁵ Cf. C. BISSOLI, "Pedagogía de Dios", en: J. GEVAERT (dir.), *Diccionario de Catequética* (Madrid 1987) 648. También MARTÍN BARRIO, 160; SORAVITO, 416; MORELL I ROM, 1786s.

También el principio “fidelidad a Dios y fidelidad al hombre” lleva a evitar la contraposición o separación artificial entre método y contenido (DGC 30).

El catequista reconoce que el método está al servicio de la revelación y de la conversión, y por eso ha de servirse de él. Por otra parte, el catequista sabe que el contenido de la catequesis no es indiferente a cualquier método, sino que exige un procedimiento de transmisión adecuado a la naturaleza del mensaje, a sus fuentes y lenguajes, a las circunstancias concretas de la comunidad eclesial, a la condición de cada uno de los fieles a los que se dirige la catequesis (n° 149).

Como señala el *Directorio*, es preciso superar esa oposición que se ha dado, en los últimos años, entre el método y el contenido y resolverla en una correlación e interacción efectiva. En efecto, el mensaje de la fe no es transmitido verdaderamente mientras no alcance la libertad del hombre y le mueva a convertirse al Dios que sale a su encuentro; la idiosincrasia del mensaje evangélico necesita de un método que ponga de manifiesto que su contenido tiene un carácter gratuito, personal y personalizador. Pero, por lo mismo, no cualquier metodología es apropiada; sólo los métodos que respetan la naturaleza del mensaje de la fe y son capaces de promover la respuesta creyente pueden ser utilizados en una catequesis que tiene como objetivo la comunión con Cristo, por medio de la iniciación en la vida de la Iglesia. En esta justa correlación es determinante la acción del catequista. Es él el que bajo la acción del Espíritu, con su testimonio de vida cristiana, “constituye el alma de cualquier método” y es él el que crea también las “condiciones favorables para que el mensaje cristiano sea buscado, acogido y profundizado” (cf. DGC 156).

2. *La pedagogía de la fe servidora del acontecimiento cristiano*

Desde el principio hemos señalado que la catequesis está al servicio del acercamiento de Dios al hombre y de la respuesta positiva de éste. La clave personalista del concepto de revelación que ha promovido el Vaticano II, trae consigo que la catequesis, por medio de la pedagogía de la fe, tenga como objetivo fundamental el servir la presencia de Dios que, al menos inicialmente, ha reconocido el que se inicia en la fe. Si la catequesis no sirve a esta presencia divina y no promueve la libre en-

trega del hombre, sencillamente quedará reducida a un proceso de instrucción en el que se comunicarán ideas, normas y ritos, en el que se introducirá en un grupo social y se hará partícipe de una determinada cosmovisión, pero no logrará poner en juego la libertad de la persona afectada por un acontecimiento gratuito que al tiempo que le supera le regenera por dentro y le lleva a la plenitud¹⁶. En la catequesis debe ocurrir algo, en ella se ha de actualizar el acontecimiento cristiano. Dios se ha de hacer presente por medio de su Hijo Jesucristo y ha de generar una crisis en el sujeto que le lleve a tomar una decisión libre que afecte a su persona y a su vida.

Repetimos, para que el pedagogía de la fe sirva al acontecimiento cristiano es preciso que sirva al propio proceso revelador de Dios mismo, ahí encontrará su identidad más característica. El Dios Trinidad, Dios vivo y verdadero revelado en Jesucristo, que supera toda expectativa del hombre y rompe cualquier construcción idolátrica, sigue dando testimonio de sí en su Iglesia; la catequesis debe secundar esta iniciativa y servir la respuesta de los creyentes¹⁷. En este punto vamos a indicar como la pedagogía de la fe, al servir esta manifestación del Dios Trinidad, realiza sus rasgos más característicos: en primer lugar, ella aparecerá como “pedagogía del don” al ponerse al servicio del amor de Dios, en segundo lugar será “pedagogía de los signos” al servir la presencia de Cristo en su Iglesia, en tercer lugar, se mostrará como “pedagogía espiritual” al presentarse como instrumento de la acción del Espíritu, y por último, resultará una “pedagogía de la encarnación” en la medida en que asista a la respuesta del hombre. Estos rasgos que en su conjunto componen la pedagogía de la fe, en la práctica ni pueden desarrollarse de un modo paralelo ni mucho menos contrapuesto; para que la pedagogía de la fe adquiriera identidad pro-

¹⁶ Cf. A. SCOLA, “Acontecimiento, experiencia cristiana y catequesis”, en: CAÑIZARES-DEL CAMPO, 449-473. El autor sintetiza, lo que a nuestro entender, debería ser la estructura interna de la catequesis: “Así, un acontecimiento cambia mi vida, acontecimiento que se produce a través de un encuentro, encuentro que reclama una respuesta por parte de mi libertad. Y mi vida se hace comprensible a mis ojos y a los ojos de los demás sólo en el seno de estos tres factores: acontecimiento, encuentro, libertad” (455).

¹⁷ Cf. J. C. CARVAJAL BLANCO, “¿Cómo hacer presente a Dios, en tiempos de idolatría?”: *TyC* 100 (2006) 35-106 (en especial 50-72).

pia es preciso que cada una de sus dimensiones se integren armoniosamente y sirvan a la manifestación de Dios¹⁸.

a) Al servicio del amor de Dios (pedagogía del don).

En la historia de la salvación, Dios siempre es el que toma la iniciativa. Él, en su infinito amor, es el que crea todo de la nada y destina a una criatura suya a ser su interlocutor. Él, en su bondad, es el que se fija en una persona, Abraham, para hacer de sus descendientes un pueblo. Es Él quien escucha el clamor de su pueblo oprimido, Israel, y suscita un liberador para que le lleve a la tierra prometida. Es Él, quien sale al paso del pecado de su pueblo y le atrae hacia sí obrando su misericordia. Él es el que le abre el futuro y le lleva hacia delante por medio de una promesa que desborda sus expectativas. A la espera de su revelación definitiva en su Hijo Jesús, ya el amor de Dios a su pueblo Israel es tal que es comparado con el amor de un padre hacia su hijo (Os 11,1), y es considerado más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (cf. Is 49,14-15) (cf. CCE 218-221). Movidado por este amor fiel y sostenido por la paciencia misericordiosa con la que Dios le trata, el pueblo tiene la ocasión para conocer a su Creador y para reconocerse interlocutor de Él. El diálogo salvífico se instaura bajo la iniciativa amorosa de Dios y, cuando el hombre lo rompe, se restablece siempre por su misericordia¹⁹. En él todo es don, el pueblo sólo debe acogerlo y estar a la altura del don recibido.

¹⁸ Como se ve, definimos los rasgos de la pedagogía de la fe a partir del servicio que presta a la manifestación trinitaria de Dios en la economía de la salvación. Bien sabemos que toda la Trinidad está presente y actúa en la acción de cada una de sus Personas (éste es el misterio de su unidad en la comunión divina), pero también, que la obra que realiza cada una de ellas no se puede predicar de las otras dos (esta confusión eliminaría la distinción personal en la unidad trinitaria). De ahí que, al tiempo que distinguimos los diversos rasgos de la pedagogía de la fe, señalamos su unidad y penetración, de modo que sirvan a la distinción en la unidad de la acción de cada una de las Personas de la Trinidad. Para el fundamento teológico de esta advertencia cf. L. F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (Salamanca 1998), en especial 239-397.

¹⁹ Aún hoy, guarda toda su actualidad la reflexión y orientaciones que PABLO VI dio sobre el diálogo en su primera Carta encíclica *Ecclesiam suam* (agosto 1964), en especial los números 27-29.

La pedagogía de la fe debe servir a este diálogo salvífico partiendo siempre del don amoroso de Dios²⁰. En primer debe crear un clima de oración en el que el catecúmeno o catequizando pueda escuchar los reclamos y llamadas que Dios le dirige. Aquí es imprescindible el que se fomente un clima religioso donde el que se inicia se sienta religado a su Creador al tiempo que desacraliza cualquier otra realidad. El silencio, la escucha atenta, la disponibilidad personal son otras tantas actitudes que conviene favorecer para que la oración sea verdaderamente una experiencia dialogal.

La pedagogía de la fe debe ayudar también a que el que se inicia reconozca los dones con los que Dios le bendice y, por encima de ellos, reconozca la misma compañía del Señor. Aun en diferente medida, pero todo es gracia: tanto los dones naturales como los que brotan de la acogida del Evangelio por el propio don de la fe; pero por encima del inmenso número de su conjunto, siempre queda Dios y el gozo de participar de su presencia (cf. Sal 138,17-18). La catequesis debe poner de manifiesto y servir esta Presencia, siempre sorprendente, y disponer a los que se inician a abrirse a ella. De aquí brotara la plegaria de acción de gracias, signo claro del reconocimiento de Dios y de su don.

El evangelio de Jesucristo y la ley moral que implica, antes que proyecto personal es un camino de filiación que Dios ofrece al que se acerca a Él. La tentación que se cierne sobre el hombre, sea o no creyente, es la de tomar posesión por sí mismo de lo que en verdad se le regala. La catequesis debe presentarlo como oferta de vida y la pedagogía de la fe debe ayudar a que el que se inicia encuentre sentido y se entrene progresivamente en las exigencias evangélicas. Es verdad que el hombre nunca estará a la altura de la invitación recibida, pero ésta nunca deberá ser rebajada; ante la conciencia de su pecado y la experiencia de su culpa, el perdón gratuito e incondicional de Dios brillará como una gracia redoblada.

²⁰ Para lo que sigue, nos inspiramos en las indicaciones que al respecto dio la COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS en el documento *La catequesis de la comunidad* (CC) 208-212. Ver también J. PUJOL BARCELLES, "La pedagogía de la educación en la fe": *TyC* 45-48 (1993) 485-502.

b) Al servicio de la presencia de Cristo (pedagogía de los signos)²¹.

El designio amoroso de Dios halla en la encarnación y pascua de su Hijo Jesús la cumbre de su manifestación. “Cristo es la imagen de Dios invisible” (Col 1,15), de modo que quien le ve a él ve al Padre (cf. Jn 14,9). Él es el signo levantado que atrae a todos los hombre hacia sí, de modo que el que crea en él alcance la vida eterna (cf. Jn 3,14-15; 12,32). Y es que en la realidad humana de Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, se hace presente su realidad divina, y en los acontecimientos que jalonan su vida, hasta su entrega en la cruz y su gloriosa resurrección, Dios mismo está interviniendo a favor de los hombres. Cristo es el verdadero sacramento de la salvación, no sólo porque todo el designio salvífico conduce hacia él, sino porque el mismo es el único mediador entre Dios y el hombre, y quien goza de su presencia goza de la presencia de Dios.

Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia (SC 5). La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1).

La sacramentalidad única y universal de Jesucristo, se extiende a lo largo de la historia en la sacramentalidad derivada de su Cuerpo que es la Iglesia. La Iglesia es la porción de humanidad que nace renovada de su costado por la acogida de los sacramentos en la fe que brota de la escucha de la Palabra. Referida a ella, el uso del termino “sacramento” es analógico. La Iglesia es en Cristo como (*veluti*) un sacramento o signo. Es en virtud de la voluntad de Cristo y por su adhesión a él que la Iglesia es sacramento. Su humanidad histórica remite a la presencia de Cristo, mediador entre Dios y el hombre, que se hace presente en la asamblea de los que creen en él. El uso de esta categoría corrige tanto la visión positivista, por la que la realidad de la Iglesia peregrina se identifica con Cristo, como la visión espiritualista, por la que la constitución histórica de la

²¹ Para la fundamentación teológica de este punto cf. S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Salamanca 2007), en especial las páginas 175-210.

Iglesia no es integrada en la Iglesia de los santos que gozan ya de la salvación de Dios²².

Esta concepción sacramental, aplicada de modo análogo para Cristo y la Iglesia, favorece la concepción relacional de la fe que venimos exponiendo. Como signo, la Iglesia remite a Cristo, y Cristo, sacramento del Padre, remite a Dios. El creyente debe entrar en relación personal con cada uno de los niveles sacramentales para que pasando por ellos se vea introducido en el Misterio de Dios. En efecto, es en la relación con la Iglesia y en su relación discipular con Jesucristo que el creyente se introduce en el diálogo filial que el Hijo de Dios tiene con el Padre y participa de su salvación. Desde esta perspectiva, la pedagogía de la fe se define como “pedagogía de los signos”²³, pedagogía que sirve la manifestación de la presencia de Cristo en su Iglesia. La catequesis debe desplegar una pedagogía por la que se ayude a los que se inician a penetrar en las realidades eclesiales y en ellas reconocer la presencia de Cristo que las habita y que las constituye en signos de sí.

La pedagogía de los signos es una verdadera pedagogía de la fe, pues es por ella que se pasa de lo visible a lo invisible, del signo a la realidad, de lo humano a lo divino, de la acción humana a la obra del Espíritu, de la Esposa al Señor. Y esto, no porque se deje atrás la mediación del testimonio eclesial, sino porque en la carne del Cuerpo eclesial, por la fe, se reconoce la presencia salvífica del Señor que está unido a él como su Cabeza y acoge la acción de la Iglesia como acción de Dios²⁴.

²² Cristo está presente de múltiples maneras en su Iglesia (cf. CCE 1374). Si la fe de la Iglesia confiesa la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas (cf. DH 1636) “esta presencia se denomina ‘real’, no a título exclusivo, como si las otras presencia no fuesen ‘reales’, sino por excelencia, porque es *substancial*, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente” (CCE 1375) Este texto, que cita el *Catecismo* y que retomará JUAN PABLO II en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (nº 15), procede de la encíclica *Mysterium fidei* de PABLO VI (nº 20); en ella en los nº 17-20 se enumera “los modos según los cuales Cristo está presente en su Iglesia”.

²³ Ver el trabajo de A. APARISI, “Pedagogía de los signos de Dios en la acción catequética”: *TyC* 1-2 (1983) 37-47, reeditado, como conmemoración del nº 100 de la revista, en *TyC* 101-102 (2007) 27-39. También SORAVITO, 422-425.

²⁴ Este punto está desarrollado en J. C. CARVAJAL BLANCO, “La pedagogía de la transmisión de la fe. El testigo y la pedagogía de la fe”, en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *La comunicación de la fe* (Madrid 2006) 185-215.

Al servicio de la pedagogía de los signos se utilizará, con provecho, el método inductivo.

El método inductivo consiste en la presentación de hechos (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, hechos de la vida de la Iglesia y de la vida cotidiana...) a fin de descubrir en ellos el significado que pueden tener en la Revelación divina. Es una vía que ofrece grandes ventajas, ya que es conforme a la economía de la Revelación; corresponde a una instancia profunda del espíritu humano la de llegar al conocimiento de las cosas inteligibles a través de las cosas visibles; y es también conforme a las características propias del conocimiento de fe, que consiste en conocer a través de signos (DGC 150).

Esto supone dos condiciones. En primer lugar, la catequesis, ante que exponer las verdades de la fe, debe mostrar, a través de los signos, el acontecimiento cristiano de las cuales derivan; es en el contacto con aquello que media el Misterio cristiano, y por el impacto que produce en la libertad, que el mensaje adquiere significado y proyecta su luz tanto sobre el signo eclesial como sobre la vida de el que se inicia. Esto supone estar atentos a la evolución personal y creyente de los que se inician. Ésta es la segunda condición, la catequesis ha de secundar la evolución personal y creyente de los que se inician, y ofrecer las experiencias de vida y los signos eclesiales que puedan penetrar desde su maduración personal y de fe. El misterio de Dios se entrega a todos, pero no se entrega a todos del mismo modo. Una buena pedagogía de la fe debe saber administrar gradual y progresivamente el universo simbólico y sacramental de la Iglesia para conducir a los creyentes a entrar en comunión de vida con Jesucristo.

c) Al servicio de la acción interior del Espíritu (pedagogía espiritual)²⁵.

El Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial [...] El Espíritu actúa por medio de los apóstoles, pero al mismo tiempo actúa también en los oyentes: “mediante su acción, la buena nueva toma cuerpo en las conciencias y en los

²⁵ Para este punto ver la tesis doctoral de T. LABARRIÈRE citada en la nota 13, un trabajo más breve del mismo autor el artículo “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida’. El credo y el testimonio del Papa Juan Pablo II”: *TyC* 97-98 (2006) 57-85.

corazones humanos y se difunde en la historia. En todo está el Espíritu Santo que da la vida” (DeV 64) (RM 21)²⁶.

El día de la Pascua, al tiempo en que Jesús encomendaba a su Iglesia la misma misión que Él había recibido del Padre, el Resucitado insufló sobre sus discípulos su Espíritu, el Espíritu Santo que les capacitaba para cumplirla (cf. Jn 21,19-22). Desde entonces, el Espíritu es el verdadero protagonista de la misión eclesial y los discípulos, en la medida en que secundan su acción, son sus servidores. En efecto, la revelación del Dios Trino, al servicio de la cual se desarrolla la acción evangelizadora de la Iglesia, no se difundiría por la historia si no fuera por la acción del Espíritu. Él es el que hace que la obra salvadora de Cristo se haga contemporánea en todo tiempo y lugar. Él permite al hombre llamar a Dios: “Abba, Padre” (Rm 8,8) y confesar que “Jesús es el Señor” (1 Co 12,3). Él es el que convoca de entre todos los pueblos la Iglesia y la hace ser verdadero Cuerpo de Cristo (1Cor 12,13), Él es el que abre y guía su misión (cf. Hch).

Pero, el Espíritu no sólo actúa en los discípulos transformándoles en testigos de Cristo, no sólo convierte sus palabras y obras en mediación de las palabras y obras de Dios; sino que actúa en los oyentes para que puedan recibir a esos mensajeros como testigos de su Salvador y puedan acoger sus acciones y palabras como provenientes de Dios. El Espíritu es el que difunde las *Semina Verbi* que encaminan a los hombres hacia Cristo, y el que mueve los corazones dando gusto para recibir el anuncio evangélico. Él es el Maestro interior que lleva a cada sujeto a acoger y comprender la acción y el mensaje evangélico como luz y fuerza de vida. Y Él mismo es el que posibilita que cada uno lo encarne hasta alcanzar la talla del hombre perfecto, hasta la medida de Cristo Jesús (cf. Ef 4,13).

²⁶ Recogemos con amplitud otra cita, esta vez de *Evangelii Nuntiandi*, donde se amplía esto mismo: “Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece (cf. Hch 9,31). Él es el alma de esta Iglesia. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. El es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla más abierta y acogedora de la Buena nueva y del reino anunciado” (nº 75).

A la estela de la acción del Espíritu, la pedagogía de la fe se ha de convertir en pedagogía espiritual, pedagogía que secunda y sirve la acción del Espíritu. Ella es

muy consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu. [Por eso] Invocar constantemente este Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista (CT 72).

Instrumento vivo y dócil del Espíritu, la pedagogía espiritual no es un cúmulo de técnicas que diseccionan y operan sobre la subjetividad, ella se enraíza en una auténtica inteligencia creyente y tiene como objetivo secundar las inspiraciones que vienen del Espíritu y servir las mociones espirituales que sólo se conocen por la fe. Y esto sólo se aprende en las fuentes mismas de la revelación. La tercera persona de la Trinidad no actúa al margen de la voluntad del Padre, ni tampoco realiza una obra diversa a la realizada por Cristo, conocer el testimonio de la Escritura y la Tradición, bajo la guía del Magisterio, se convierte en el criterio fundamental para que los catequistas reconozcan la acción actual del Espíritu, se acomoden a ella y se pongan a su servicio.

No obstante, es necesario que la pedagogía de la fe, aunque solo sea de modo incipiente, despierte la interioridad y promueva la vida espiritual de los destinatarios, y aquí las técnicas y métodos humanos vienen en su ayuda. Así es, por el conocimiento de la revelación se sabe cómo actúa el Espíritu, pero donde el Espíritu actúa es en los que se convierten, para lo cual es preciso que abandonen una vida superficial, vertida hacia la actividad, y presten atención a las mociones que el Espíritu les inspira en su vida y en su conciencia. Por tanto, para que los destinatarios conozcan, se sientan atañidos y puedan secundar las mociones que el Espíritu le inspira es preciso que se les ayude a promover espacios y actitudes que les haga receptores de dicha acción. Aquí no hay fórmulas, los catequistas, con el auxilio de las ciencias humanas y de diversos métodos, tratarán de despertar la conciencia de los que buscan a Dios y les ayudaran a estar atentos a las circunstancias que envuelven su vida. Una vez dispuestos, los catequistas discernirán la acción del Espíritu y secundándola se la harán conocer a los que se inician. De este modo, su actuar será testimonio de la acción

divina y los nuevos creyentes llegarán a conocer la acción del Maestro interior viéndola reflejada en los educadores que la Iglesia les da.

d) Al servicio de la respuesta del hombre (pedagogía de la encarnación).

La Palabra de Dios ha sido definitivamente pronunciada en la carne de Jesucristo, esto determina la pedagogía de la fe como “pedagogía de la encarnación”, “por la que el Evangelio se ha de proponer siempre para la vida y en la vida de las personas” (DGC 143)²⁷. La revelación de Dios no llega a su sazón hasta que el hombre la recibe por la gracia de la fe. Por la fe, el creyente recibe a Jesucristo y, en comunión de vida con él, se va transformando a su semejanza para dar la respuesta debida a Dios. En esta acomodación de la propia vida a la vida de Cristo, en este ajustar la propia mentalidad y sentimientos a la mentalidad y sentimientos de Cristo, es como el que se inicia, a la vez que acoge el Evangelio –lo acoge en su vida–, responde a la relación filiar que el Padre le ha propuesto –da respuesta para la vida²⁸.

La experiencia humana entra por “derecho propio” en la transmisión de la fe (cf. CC 223), dado que la

revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio (CT 22).

²⁷ Para el fundamento teológico de este apartado ver el artículo de J. M^a ROVIRA BELLOSO, “Principio de la encarnación”, en: V. M^a PEDROSA (et al.), *Nuevo Diccionario de Catequética* (Madrid 1999) 767-779. Aunque a la “pedagogía de la encarnación”, referida a la respuesta del hombre, le dedicamos este punto en particular, es preciso recordar que esa respuesta está implícita en las otras intervenciones pedagógicas que hemos señalado, pues sólo desde esa respuesta es como se consuma la intervención de Dios.

²⁸ Para indicar el alcance de lo que decimos, reproducimos las luminosas palabras del Directorio: “Pues bien, ‘todo lo que Cristo vivió, hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros’ (CCE 521). La catequesis actúa sobre esta identidad de experiencia humana entre Jesús, Maestro, y el discípulo, y enseña a pensar como Él, obrar como Él, amar como Él (cf. CT 20b). Vivir la comunión con Cristo es hacer la experiencia de la vida nueva de la gracia (cf. Rm 6,4)” (DGC 116).

La experiencia humana, aun la más sublime, no es la experiencia cristiana; pero toda experiencia humana, en la medida en que se la profundice, está abierta a un sentido último que la hace receptora del anuncio del Evangelio. En efecto, el sujeto de estas experiencias es alguien que es capaz de acoger la gracia que Dios le ofrece (*capax Dei*) y encontrar en ella el sentido y consumación de su vida (cf. CCE 27-49). Por otra parte, la gracia y la verdad se nos ha dado en la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14), una palabra histórica que es capaz de alcanzar la existencia del hombre para iluminarla, juzgarla y trasformarla en su dinamismo propio, según el proyecto de Dios. La catequesis buscará siempre poner en correlación las experiencias humanas más significativas con el mensaje revelado, para que el creyente pueda recibir en su propia vida la Palabra divina y responder afirmativamente al amor de Dios. Aquí, la pedagogía de la fe tiene un encargo propio, procurar la justa interacción entre ambas, poniendo a flote los profundos interrogantes que atraviesan la vida y sacando a la luz el significado salvífico que preña el anuncio cristiano.

El *Directorio* (nº 152)²⁹ nos indica las diversas funciones que la experiencia juega en la catequesis. En primer lugar, las experiencias concretas por las que discurre la vida del hombre y reclaman su atención son la oportunidad de que el deseo, el interrogante y la esperanza que atraviesa el conjunto de su existencia se manifiesten a su conciencia. Así es, la apertura del hombre a Dios no se da en abstracto, siempre se manifiesta en lo concreto, en el discurrir histórico de la existencia; la catequesis debe ayudar a extraer esta apertura esencial de lo que es accidental, debe poner palabras al interrogante fundamental que late en el fondo de las cuestiones que se plantea su destinatario y debe abrir la esperanza a través de las ilusiones que le movilizan. Aquí la experiencia humana tiene la función de

²⁹ El actual *Directorio* se inspira ampliamente en la aportación del DCG (1971) 74. Siguen siendo iluminadores los comentarios que sobre la experiencia ofrece la COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS en el documento *La catequesis de la comunidad* 222-118. Ver también el artículo de M. DEL CAMPO GUILARTE, "La experiencia cristiana en una sociedad secularizada. Génesis y proceso de la fe": *TyC* 100 (2006) 107-120; también el de Z. TRENTI y J. SASTRE, "Experiencias humanas fundamentales", en: V. M^a PEDROSA (et al.), *Nuevo Diccionario de Catequética* (Madrid 1999) 899-912.

abrir el sujeto al anuncio del Evangelio, para lo cual, no obstante, es necesario que el que se inicia en la fe esté dispuesto a ir más allá de sus intereses inmediatos, quiera profundizar en la realidad y en su conciencia y desee confrontar sus juicios con los que derivan del mensaje cristiano. Sólo así será fiel a la apertura trascendente que atraviesa sus experiencias humanas, pero también, sólo así se podrá hacer receptivo del anuncio evangélico.

En segundo lugar, la experiencia entra en la catequesis como la “mediación necesaria para explorar y asimilar las verdades que constituyen el contenido objetivo de la revelación” (DGC 125). Ya hemos dicho que la revelación divina se ha consumado en la carne de Jesucristo, el misterio de Dios se ha dado a conocer en la humanidad de Cristo tejida por las experiencias humanas que construye la existencia de cualquier hombre. Por tanto, la experiencia humana, común a Jesucristo y al que se inicia, es la llave por la que se abre el significado del Misterio cristiano. Sin esa llave, las verdades de la fe ni se exploran ni se asimilan, y el Evangelio queda reducido a un saber cristalizado en formulas y mandatos, pero clausurado en su potencia significativa y en su fuerza de vida.

Pero todavía, la experiencia humana tiene una tercera función. La “experiencia asumida por la fe viene a ser en cierto modo ámbito en el que se manifiesta y realiza la salvación, en la que Dios, de acuerdo con la pedagogía de la encarnación, se acerca al hombre con su gracia y lo salva” (DGC 125). Así es, la experiencia humana del creyente puesta en correlación con la experiencia humana de Cristo y su Iglesia es la base sobre la cual se puede dar el acceso al misterio de Dios y al don de la salvación; porque acogiendo el creyente, en su propia experiencia, la experiencia humana de Cristo accede a la vida divina que la preña. Aquí es imprescindible que el catequista sea a un tiempo testigo y pedagogo de la fe³⁰. Testigo de una experiencia humana trasformada en experiencia cristiana por la acción del Espíritu según la luz del Evangelio, y pedagogo que en la fe es capaz de ayudar a reconocer y secundar las aproximaciones

³⁰ Para este punto nos remitimos a nuestro artículo “La pedagogía de la transmisión de la fe. El testigo y la pedagogía de la fe”, en especial pp. 196-198.

que Jesucristo está haciendo en la experiencia humana de los que buscan identificarse con Él.

III. CONCLUSIÓN

Hace una década se publicó el *Directorio General para la Catequesis*, nuestro trabajo ha querido recoger y profundizar teológicamente las aportaciones que hizo respecto a la pedagogía de la fe. La catequesis como formación en la fe e iniciación en la vida cristiana, tiene un carácter eminentemente pedagógico, no obstante, esta pedagogía goza de una originalidad que brota del propio servicio que ha prestar a la comunicación de la revelación divina que se actualiza en la catequesis. La economía salvífica que Dios ha desplegado en la historia de la salvación lleva implícita una pedagogía divina que es fuente y modelo de la pedagogía de la fe. Por tanto, la misma revelación no sólo regula el contenido que se ha de transmitir, sino el modo en que se da a participar de él. Esto tiene su fundamento en la concepción personalista que la noción de revelación ha adquirido a partir de la *Dei Verbum*.

Dios nos sólo revela, sino que se-revela. Dios se automanifiesta en su Hijo Jesús y por la acción del Espíritu suscita en el hombre una respuesta que le hace participe de su amor. La pedagogía original de la fe debe servir al proceso de condescendencia de Dios por el que se aproxima a cada hombre concreto, se da a conocer y le va conduciendo a su Misterio. Esto significa que la pedagogía de la fe se presenta como servidora del acontecimiento cristiano, servidora de la acción del Dios Trinidad y de la respuesta que en el hombre suscita para su salvación. Cualquier aporte educativo y metodológico, derivado de las ciencias humanas, ha de ser discernido desde aquí e integrado en la acción catequética desde los presupuestos que señalan la fe. La acción y la técnica humana no logran, por sí mismas, lo que siempre es fruto de la acción libre y generosa de Dios; no obstante, Dios ha querido mediar su acción por la actividad humana y ésta, si quiere ser instrumento de la revelación divina, debe regularse por las leyes pedagógicas que el propio Dios ha establecido. Aquí encontrará catequesis la fuen-

te e inspiración de la renovación pedagógica que aún hoy sigue necesitando.